

Greg Bear

MUSICA EN LA SANGRE

Premios Hugo y Nébula

Uno de los libros más interesantes que han aparecido en muchos años. **Poul Anderson**

¡Greg Bear es uno de los autores del mañana! **Ray Bradbury**

«El fin de la infancia» de los 80. ¡Imponente! **Locus**



Vergil Ulam era el genio del proyecto biológico. La reestructuración de las células. Células capaces de pensar. Cuando Genetron canceló el proyecto, Vergil sacó el trabajo de su vida fuera del laboratorio del único modo que podía: Inyectándose el mismo con ellas.

Al principio, los efectos de los linfocitos inteligentes se redujeron a pequeños milagros. Su vista, su estado general de salud, incluso su vida sexual, mejoraron.

Pero ahora, algo extraño está ocurriendo. La trama celular de Vergil está capacitada para formar organismos complejos e incluso sociedades completas en su sangre y en su cuerpo. Vergil lleva consigo un universo. Un universo de células. Células inteligentes y que piensan que ha llegado el momento de actuar.

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a los doctores Andrew Edward Dizon, John Graves, Richard Dutton y Monte Wetzel, así como al doctor Percy Russell por facilitar el acceso a sus laboratorios y por su valioso tiempo y ayuda prestados. Agradezco también la colaboración, en cuestiones específicas, de Marian McLean, del World Trade Center, y Herbert Quelle, del Consulado alemán en Los Ángeles, al igual que a Ellen Datlow, Melissa Ann Singer y Andy Porter.

John F. Carr y David Brin me sugirieron hace algunos años que el cuento original se convirtiera en novela. Stanley Schmidt, en calidad de editor de *Analog*, me propuso que trabajara la idea original con mayor detalle, para comprobar si consistía en algo más que una simple fantasía. Beth Meacham expresó su entusiasmo editorial ante la novela propuesta y me proporcionó un apoyo y aliento cruciales.

*Para Astrid
Lujo, necesidad, obsesión
Con todo mi amor*

INTERFASE^[1]

Cada hora, una miríada de trillones de pequeños seres vivos —microbios, bacterias... los labradores de la naturaleza— nacen y mueren, sin contar para mucho excepto por su cuantía y por la acumulación de sus minúsculas vidas. Apenas perciben, no sufren. Ni un centenar de trillones de ellos moribundos llegaría a poseer la importancia de una sola muerte humana.

Cualquiera que sea el nivel de magnitud de una criatura, pequeño como los microbios o grande como los humanos, el impulso vital es el mismo, así como, en un gran árbol, las ramas juntas igualan a los vástagos inferiores y todos los vástagos igualan al tronco.

Creemos en ello tan firmemente como los reyes de Francia creían en su jerarquía. ¿Cuál de nuestras generaciones llegará a disentir?

ANAFASE
JUNIO — SEPTIEMBRE

1

La Jolla, California

El letrero rectangular color pizarra se alzaba sobre un pequeño montículo verde brillante de hierba coreana, rodeado de lirios y flanqueado por un oscuro arroyo de lecho de cemento. El nombre de GENETRON estaba grabado sobre el lado del letrero que daba a la calle, en rojas letras romanas estilo Times, y bajo el nombre el lema «Donde las cosas pequeñas logran grandes cambios».

Los laboratorios y oficinas de Genetron se alojaban en una estructura estilo Bauhaus en forma de U, de desnudo cemento, que rodeaba un jardín interior rectangular. El complejo principal tenía dos niveles, con pasos abiertos al aire libre. Más allá del patio y justo detrás de una loma artificial aún sin adornar con plantas, se alzaba un cubo de cristal negro de cuatro pisos, rodeado de una valla electrificada de alambre espinoso.

Esos eran los dos lados de Genetron; los abiertos laboratorios, donde se llevaba a cabo la investigación en biochips, y el edificio de los contratos con Defensa, donde se investigaban las aplicaciones militares.

Las medidas de seguridad eran estrictas incluso en los laboratorios abiertos. Todos los empleados llevaban placas impresas al láser, y el acceso de visitantes a los laboratorios era cuidadosamente controlado. La directiva de Genetron—cinco graduados por Stanford que habían fundado la compañía sólo tres años después de licenciarse— se había dado cuenta de que el espionaje industrial era incluso más

probable que un escape de información del cubo negro. Sin embargo, la atmósfera exterior era serena, y las medidas de seguridad habían sido suavizadas por todos los medios.

Un hombre alto, cargado de espaldas, de pelo negro y revuelto, salió como pudo del interior de un Volvo deportivo rojo y estornudó dos veces antes de atravesar el área del aparcamiento para empleados. Las plantas se estaban sintonizando para una orgía de irritación veraniega. Al pasar saludó a Walter, el guardia, de mediana edad, recio y enjuto. Walter, en el mismo estilo indiferente, confirmó su placa deslizándola por el lector de láser.

—No ha dormido mucho esta noche, ¿eh, señor Ulam?
—preguntó Walter.

Vergil frunció los labios y asintió.

—Fiestas, Walter.

Tenía los ojos enrojecidos y la nariz hinchada de restregarla constantemente con su pañuelo, que ahora yacía, usado y sumiso, en su bolsillo.

—Cómo hombres que trabajan como usted pueden irse de juerga entre semanas; es algo que no entiendo.

—Lo piden las damas, Walter —dijo Vergil, pasando de largo.

Walter sonrió bonachonamente y asintió, aunque en realidad dudaba de que Vergil estuviera ligando mucho, con fiestas o sin ellas. A menos que los niveles hubieran bajado drásticamente desde los tiempos de Walter, nadie con barba de una semana podía estar ligando demasiado.

Ulam no tenía la figura más atractiva de Genetron. Sus casi dos metros de altura se alzaban sobre grandes pies planos. Pesaba unos doce kilos de más, y a sus treinta y dos años le dolía la espalda, tenía la presión alta y nunca podía apurarse lo bastante el afeitado como para no parecerse a Emmett Kelly.

Su voz no parecía diseñada para ganar amigos: dura, áspera y más bien alta de tono. Dos décadas en California ha-

bían suavizado su acento tejano, pero cuando se excitaba el acento surgía de un modo casi penoso.

Su única distinción consistía en sus ojos, de un exquisito verde esmeralda, grandes y expresivos, defendidos por una hermosa hilera de pestañas. Los ojos eran más decorativos que funcionales; sin embargo, los cubrían unas grandes gafas de montura negra. Vergil era corto de vista.

Subió las escaleras de dos en dos o de tres en tres, y sus largas y fuertes piernas hacían resonar los peldaños de cemento y acero. En el segundo piso caminó a lo largo del abierto pasillo hacia la sala de equipos conjuntos de la División Avanzada de Biochips, conocida como el laboratorio común. Sus mañanas empezaban normalmente con una comprobación de los especímenes de una de las cinco ultracentrifugadoras. Su preparado más reciente había sido rotado durante sesenta horas a doscientas mil unidades de gravedad y estaba ahora listo para el análisis.

Para un hombre de su envergadura, las manos de Vergil eran sorprendentemente delicadas y sensibles. Extrajo un costoso rotor de titanio negro de la ultracentrifugadora y cerró el sello de acero que garantizaba el vacío. Tras colocar el rotor sobre una mesa de trabajo, fue sacando uno por uno y mirando detenidamente los cinco gruesos tubos de cristal suspendidos en hilera de sus tapones. Varias capas bien definidas de color beige se habían formado en cada uno de los tubos.

Las espesas cejas negras de Vergil se arquearon y juntaron tras la gruesa montura de sus gafas. Sonrió, mostrando unos dientes manchados de marrón por haber bebido en la infancia, agua fluorada natural.

Estaba a punto de succionar las capas no deseadas de la parte superior de la solución cuando sonó el teléfono del laboratorio. Dejó el tubo en un soporte y descolgó el auricular.

—Laboratorio, habla Ulam.

—Vergil, soy Rita. Te he visto entrar, pero no estaba en tu laboratorio.

—Hogar fuera del hogar, Rita. ¿Qué pasa?

—Me pediste, me dijiste que te avisara si cierto caballero aparecía. Creo que está aquí, Vergil.

—¿Michael Bernard? —preguntó Vergil, alzando la voz.

—Creo que es él. Pero, Vergil...

—Voy para abajo.

—Vergil...

Colgó, vaciló un momento y finalmente dejó los tubos donde estaban.

El área de recepción de Genetron era una porción circular del piso bajo del lado este, rodeada de ventanas panorámicas y profusamente adornada con aspidistras y tiestos de cerámica cromada. Al entrar Vergil desde el laboratorio, la luz de la mañana caía, blanca y deslumbrante, sobre la alfombra azul celeste. Rita se puso en pie tras su escritorio al pasar él por delante.

—Vergil...

—Gracias —dijo él.

Tenía puestos los ojos sobre el hombre de cabello gris y porte distinguido que había en pie junto al único sofá del vestíbulo. No cabía duda: era Michael Bernard.

Vergil le reconoció por las fotos y por el retrato en portada que la revista Time había publicado tres años antes. Vergil le tendió la mano mostrando un amplia sonrisa.

—Encantado de conocerle, señor Bernard.

Bernard estrechó la mano de Vergil aparentemente confuso.

Gerald T. Harrison estaba de pie enmarcado en la ancha puerta doble de la lujosa oficina de recepción, con el auricular del teléfono atrapado entre la oreja y el hombro. Bernard miró a Harrison como pidiendo una explicación.

—Me alegro de que recibiera mi mensaje... —siguió Vergil antes de que Harrison terciara.

Harrison se despidió inmediatamente y colgó el auricular del teléfono ruidosamente.

—El puesto tiene sus privilegios, Vergil —dijo sonriendo ampliamente a su vez y colocándose al lado de Bernard.

—Perdón... ¿Qué mensaje? —preguntó Bernard.

—Este es Vergil Ulam, uno de nuestros mejores investigadores —dijo Harrison obsequiosamente—. Estamos todos muy contentos de su visita, señor Bernard. Vergil, le veré a usted luego para tratar de ese asunto del que quería que habláramos.

Él no había solicitado hablar con Harrison para nada en absoluto.

—Muy bien —dijo Vergil. Experimentó con resentimiento una bien conocida sensación: la de ser esquivado, arrinconado.

Bernard no le conocía de nada.

—Más tarde, Vergil —dijo Harrison con intención.

—Claro, por supuesto —retrocedió, echó una mirada suplicante a Bernard, luego se dio la vuelta y se fue tambaleándose por la puerta de atrás.

—¿Quién era ése? —preguntó Bernard.

—Un tipo muy ambicioso —dijo Harrison sombrío—. Pero le tenemos bajo control.

Harrison tenía su despacho de trabajo en el piso bajo, en el extremo oeste del edificio de laboratorios. La habitación estaba rodeada de estantes de madera llenos de libros cuidadosamente ordenados. Detrás de su mesa, a la altura de la vista, varios cuadernos, forrados en plástico negro, de Cold Springs Harbor^[2]. Dispuestos debajo, una fila de listines telefónicos —Harrison coleccionaba listines atrasados—, y varios estantes de tratados sobre cibernética. Sobre el negro tablero cuadriculado de su escritorio, un cuaderno de notas con tapas en cuero y un VDT^[3].

De los fundadores de Genetron, sólo Harrison y William Yng habían permanecido allí el tiempo suficiente como pa-

ra ver los laboratorios empezar a funcionar. Ambos se orientaban más hacia el negocio que hacia la investigación aunque sus títulos de doctorado brillaban sobre el panel de madera de la pared.

Harrison se echó hacia atrás en su silla, con los brazos en alto y las manos entrecruzadas sosteniéndose la nuca. Vergil percibía la mínima presencia de gotas de sudor en cada axila.

—Vergil, resultó muy embarazoso —dijo. Llevaba su rubio cabello, casi albino, artísticamente arreglado para disimular una calvicie prematura.

—Lo siento —dijo Vergil.

—No más que yo. Así que usted pidió al señor Bernard que visitara nuestros laboratorios.

—Sí.

—¿Por qué?

—Creí que podía estar interesado en el trabajo.

—Nosotros también lo creímos así. Por eso le invitamos. No creo que el señor Bernard ni siquiera haya sabido de su invitación, Vergil.

—Al parecer, no.

—Nos ha pisado usted los talones.

Vergil estaba en pie frente a la mesa, mirando sombríamente la parte trasera del VDT.

—Usted ha hecho una gran cantidad de trabajo útil para nosotros. Rothwild dice de usted que es brillante, quizá incluso inestimable. —Rothwild era el supervisor del proyecto de biochips—. Pero otros dicen que no se puede confiar en usted. Y ahora... esto.

—Bernard...

—No el señor Bernard, Vergil. Esto.

Se acercó el VDT y apretó un botón del teclado. El archivo secreto computerizado de Vergil empezó a salir en pantalla. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y sintió un nudo en la garganta, pero hay que decir en su honor que no se atragantó. Su reacción resultó muy controlada.

—No lo he leído del todo, pero parece como si usted estuviera haciendo cosas muy sospechosas. Posiblemente, faltas de ética. Aquí, en Genetron, nos gusta seguir unas directrices especialmente a la luz de nuestra futura posición en el mercado. Pero no únicamente en razón de ello. Me gusta creer que aquí dirigimos una compañía ética.

—No estoy haciendo nada falto de ética, Gerald.

—¿Ah? —Harrison desconectó el monitor—. Está usted diseñando nuevos complementos del ADN^[4] para varios microorganismos regulados por el Instituto Nacional de la Salud. Y está usted trabajando con células de mamíferos. Aquí no trabajamos con células de mamíferos. No tenemos equipo para los bioazares, al menos no en los laboratorios principales. Pero supongo que podrá demostrarme la seguridad e inocuidad de su investigación. ¿No estará creando un nuevo tipo de plaga para venderlo a los revolucionarios del Tercer Mundo, verdad?

—No —dijo Vergil en un tono neutro.

—Bien. Parte de este material está más allá de mi comprensión. Parece como si usted estuviera tratando de extender nuestro proyecto BAM. Podría haber algo de interés en ello. —Hizo una pausa—. ¿Qué demonios está haciendo usted, Vergil?

Vergil se quitó las gafas y las limpió con el faldón de su bata de laboratorio. Estornudó brusca y ruidosamente, lanzando un haz de mucosidades.

Harrison se mostró ligeramente asqueado.

—No descubrimos el código hasta ayer. Por accidente, casi. ¿Por qué nos lo escondió usted? ¿Se trata de algo que preferiría que nosotros ignoráramos?

Sin sus gafas, Vergil tenía aspecto de lechuza desvalida. Empezó a balbucear una respuesta, luego se detuvo y echó la mandíbula hacia delante. Sus gruesas y negras cejas se fruncieron en un doloroso encabalgamiento.

—Me da la impresión de que ha estado usted haciendo algún trabajo con nuestra máquina de genes. No autoriza-

do, por supuesto, pero usted nunca ha acatado mucho la autoridad.

La cara de Vergil estaba ahora roja como la grana.

—¿Está usted bien? —preguntó Harrison. Estaba sintiendo ahora un perverso placer en atormentar a Vergil, y una sonrisa amenazaba con abrirse paso en su expresión inquisidora.

—Estoy bien —dijo Vergil—. Yo estaba... estoy... trabajando en biología.

—¿Biología? No estoy familiarizado con el término.

—Una rama lateral de la de biochips. Computador orgánico autónomo.

La sola idea de añadir algo más le producía un sentimiento de agonía. Le había escrito a Bernard —sin resultado, aparentemente— para conseguir que viniera a ver el trabajo. No quería mostrarlo únicamente a Genetron, de acuerdo con las previsiones de la cláusula de trabajo eventual de su contrato. Se trataba de una simple idea, pese a que el trabajo le había tomado dos años de trabajo secreto y arduo.

—Estoy intrigado. —Harrison dio la vuelta al VDT y siguió haciendo pasar la lista—. No estamos hablando sólo de proteínas y aminoácidos. Ha trabajado usted también con cromosomas. Recombinando genes de mamíferos; incluso, veo, mezclando genes víricos y bacterianos. —La luz se fue de sus ojos, que adquirieron un pétreo tono gris—. Podría usted provocar el cierre de Genetron ahora mismo, en este momento, Vergil. No reunimos las condiciones para esta clase de trabajo. Ni siquiera está usted trabajando bajo control P-3.

—No me estoy metiendo con los genes implicados en la reproducción.

—¿Hay alguna otra clase? —Harrison se echó bruscamente hacia adelante, encolerizado ante la idea de que Vergil intentara despistarle.

—Intrones. Cadenas que no codifican para la estructura de la proteína.

—¿Qué pasa con ellos?

—Estoy trabajando solamente en esas áreas. Y... añadiendo más material genético no reproductivo.

—Todo esto me suena a contradicción conceptual. Vergil. No tenemos pruebas de que los intrones no intervengan para algo en el código.

—Sí, pero...

—Pero... —Harrison levantó una mano—. Todo esto es bastante irrelevante. Sea lo que sea lo que usted buscaba, el hecho es que estuvo dispuesto a renegar de su contrato, a ir a espaldas nuestras en busca de Bernard, y a intentar conseguir su apoyo para un asunto personal. ¿Cierto?

Vergil no decía nada.

—Presumo que no es usted un tipo muy sofisticado, Vergil. Al menos, no a la manera del mundo de los negocios. Quizá no se daba cuenta de las consecuencias.

Vergil tragó saliva. Tenía todavía la cara roja como un tomate. Sentía la sangre golpear en sus oídos, la enfermiza sensación de vértigo causada por la tensión. Estornudó dos veces.

—Bien, le explicaré las consecuencias: está usted muy próximo a la defenestración por una patada en el culo —Vergil levantó las cejas con aire reflexivo—. Usted es importante para el proyecto BAM. Si no fuera porque es usted, le echaría de aquí inmediatamente, y me aseguraría personalmente de que no volviera a trabajar en ningún laboratorio privado. Pero Thornton y Rothwild y los otros creen que todavía podemos redimirle. Sí, Vergil, redimirle. Salvarle de usted mismo. No he consultado con Yng sobre esto. No iré más allá. Si se porta bien. —Fijó la vista en Vergil con los ojos entornados—. No siga con sus actividades extracurriculares. Vamos a dejar su archivo de datos así, pero quiero que termine con todos los experimentos no relativos al proyecto BAM, y que destruya todos los organismos con los